

La Psicología Social es una disciplina que nace con la modernidad, cuando la problemática de la historia y la organización social pasa a un primer plano en la reflexión filosófica -como lo podríamos ver en Hegel- y emergen disciplinas como la Economía Política con Adam Smith y Marx, o la Sociología con Durkheim. Fenómenos de masas, procesos revolucionarios, cambios en las instituciones y en las formas de organización interrogan a la relación sujeto-sociedad.

Desde una reflexión epistemológica y desde el análisis que plantea una sociología del conocimiento entendemos que hay -en ciertos períodos históricos- condiciones sociales para desplegar ciertas preguntas, o plantear un problema en sus términos pertinentes lo que dará lugar al desarrollo de distintas respuestas. En este sentido nuestro siglo ha sido particularmente fecundo en hechos que configuran este campo del conocimiento que concierne a la Psicología Social. Hoy, en el período que se abre con la caída del Muro de Berlín y la llamada globalización, o aún un poco antes, al gestarse en los años 70 las primeras elaboraciones de la posmodernidad, emergen nuevas preguntas y teorías acerca de la sociedad, lo subjetivo y sus relaciones.

En consecuencia el interrogante acerca del destino y la tarea de la Psicología Social se redimensiona y actualiza en el fin del siglo por los profundos cambios que se han planteado en el orden social, político, económico, y a causa de su incidencia en la configuración de la subjetividad.

Estos cambios han instalado -entre otras cuestiones- intensos debates en el terreno del conocimiento científico, la epistemología, la producción y validez de los saberes, los criterios de verdad, la definición de la relación sujeto-realidad, la concepción de causalidad y a la vez plantean

nuevas problemáticas en el plano de los ideales, la concepción del sujeto y los criterios de salud.

Tales debates no son externos a la Psicología Social en sus distintas formas de práctica y elaboración conceptual, sino que recorren las instituciones en las que trabajamos, nos implican y no pueden ser eludidos sino transitados.

Nuestra disciplina, a lo largo de su historia, buscó precisión en la definición de su campo. Precisión e identidad, aunque sostuviera siempre el carácter interdisciplinario de su hacer y su procesamiento teórico.

¿QUÉ INVESTIGA LA PSICOLOGIA SOCIAL?

Nos concierne un objeto de gran complejidad, ya que no se trata de “un objeto”, sino de una multiplicidad de procesos y relaciones que se determinan y afectan recíprocamente.

Hace a la especificidad de la Psicología Social el indagar un nexo dialéctico y fundante: el que se da entre el orden socio-histórico y la subjetividad.

Esta indagación implica el estudio de las relaciones sociales que gestan ese orden; las instituciones y las prácticas que expresan esas relaciones y que emergen en ellas, las formas de conocimiento social, los sistemas de representación que recorren esa estructura e interpretan la experiencia de los sujetos de la misma, así como las formas organizativas que se dan los hombres en ese orden particular. Esto es: sus modalidades de agrupación, de vinculación, sus formas comunicacionales.

Esa complejidad cuasi infinita es analizada desde una perspectiva específica: ¿cómo operan esas relaciones y

procesos en la génesis y desarrollo del sujeto? Sujeto del que la identidad, como integración y continuidad del ser, como interjuego necesario entre permanencia y cambio, entre multiplicidad y unidad, es rasgo fundamental. Queremos resaltar la importancia del tema de la identidad, hoy controvertido desde una visión discontinuista y fragmentada del ser que opone, dilemáticamente, subjetividad e identidad sin comprender su relación dialéctica.

Serán investigadas entonces las distintas instancias y mediaciones operantes y articuladoras entre lo socio-histórico y los procesos psíquicos. Pero al tratarse de una relación dialéctica, hace a la pertinencia de la Psicología Social, el estudio de las modalidades con las que los sujetos producen, desarrollan, sostienen o transforman esas relaciones sociales, instituciones, formas de organización, representación y comunicación.

Indagamos esa multiforme dialéctica sujeto-mundo teniendo en cuenta que investigamos a seres concretos productores de un orden social, material y simbólico, el que a su vez los alberga, produce e instituye.

Se afirma así la identidad de la Psicología Social como crítica de la vida cotidiana, análisis científico de los mecanismos por los que las estructuras sociales organizan materialmente y otorgan significación a las experiencias de los sujetos.

Sin este análisis que permite interpelar a los procesos sociales desde un criterio de salud, se nos escaparía el sentido de los acontecimientos aparentemente más banales de una conducta, de las vicisitudes vinculares o de las formas de la grupalidad. Haríamos técnica sin ciencia.

SUBJETIVIDAD Y PROCESOS SOCIALES. MARCO TEORICO.

Creo oportuno una explicitación del marco teórico en el que me sustento, a la vez que un mayor desarrollo y profundización de algunos de sus conceptos centrales. Para Enrique Pichon-Rivière, en cuyo pensamiento me baso, la Psicología Social no designa sólo un área de procesos y fenómenos. Implica una concepción de sujeto como ser complejo y sostiene la esencia social del psiquismo.

Dicha concepción caracteriza al sujeto como "ser de necesidades, que solo se satisfacen socialmente, en relaciones que lo determinan. El sujeto no es solo un sujeto relacionado, es sujeto producido en una praxis. Nada hay en él que no sea la resultante de la interrelación entre individuos, grupos y clases". (Aportaciones a la didáctica de la Psicología Social – E.Pichon-Rivière – Ana Quiroga – 1972. Publicado en El Proceso Grupal, Nueva Visión).

El hombre, por su condición primordial de "ser de necesidades", se constituye en su subjetividad, en su dimensión psíquica y social, en y por una actividad transformadora de sí y de la realidad. En tanto configurado y determinado en y por una red relacional, es "sujeto producido", emergente de procesos sociales, institucionales, vinculares. A la vez, al ser sujeto de necesidades, es por ello sujeto de la praxis, del conocimiento. Hace a su esencia ser el productor de su vida material, lo que lo define como sujeto de la Historia, creador del orden social y del universo simbólico que es su escenario. En consecuencia, si las relaciones sociales hacen a la esencia de lo subjetivo, a su causalidad interna, podemos decir que tanto en su forma como en su existencia, no tienen respecto a los procesos psíquicos una relación secundaria, azarosa y de exterioridad, sino de interioridad y, como hemos dicho, de compleja determinación.

Al analizar la interrelación de causas internas y condiciones externas entendemos que no resulta pertinente hablar de un "afuera" social, contexto de un "adentro" psíquico, aún cuando esto pueda corresponderse con vivencias subjetivas de "frontera" (lo que nos remite a otra cuestión, a la problemática de la diferenciación yo – no yo, del límite y la identidad). Pero desde la perspectiva planteada, en el interjuego sujeto-mundo, lo externo se hace interno, y éste a su vez se transforma en su opuesto ya que lo interno se externaliza.

Insistimos en el carácter de ser complejo que reviste el sujeto. La comprensión dialéctica de su unidad y multiplicidad permite distinguir la especificidad de aspectos o instancias de lo subjetivo, reconocer su interpenetración recíproca, y no fragmentar esa unidad compleja en supuestas "entidades" ontológica y epistemológicamente autónomas, tales como un "sujeto social" que sea otro que el "sujeto del inconsciente", o el "sujeto del grupo".

Esta concepción de sujeto que fundamenta a la Psicología Social pichoniana tiene implicancias en la elaboración de un criterio de salud, orientador de nuestra tarea.

CONCEPCION DE SUJETO. CONCEPCION DE SALUD.

Al afirmar que el hombre es esencialmente "ser-en-el-mundo", en relación dialéctica con él, y al caracterizar al psiquismo como un sistema abierto al mundo, constituyéndose en y por su ser en un mundo material, social, vincular, estamos planteando implícitamente hipótesis acerca de la contradicción salud – enfermedad. Intentamos establecer los términos en que entendemos se desarrolla esta problemática.

Nuestra reflexión concierne, como hemos señalado, al sujeto de la praxis, sujeto de una relación de recíproca determinación y transformación con una realidad que lo trasciende y a la que a su vez modifica y produce. La elaboración de un criterio de salud requiere el análisis de las formas concretas que toma la relación sujeto-mundo. Por eso indagaremos en los dos polos de esa relación.

Ello implica estudiar las posibilidades del sujeto para realizar una acción transformadora, una adaptación activa a la realidad que tenga en cuenta necesidades, condiciones concretas, potencialidades. Investigaremos el grado de flexibilidad o de estereotipia en la relación mundo interno, mundo externo. Nos preguntaremos por su capacidad para alcanzar un conocimiento de sí "en situación", en el universo de experiencia y significación que configuran sus condiciones concretas de existencia. Esto requiere, en el análisis de su conducta, sus vínculos, su hacer y su representación del mundo, indagar el grado de plasticidad de aquellas operaciones psíquicas, que Enrique Pichon-Rivière denominó "técnicas del yo", y que permiten ese encuentro dialéctico e instrumental entre el sujeto y el mundo y que están al servicio del aprendizaje, en tanto aprehensión de la realidad.

Aprehensión que en un proceso, permite la elaboración de una visión progresivamente integradora de hechos y relaciones, que posibilite establecer nexos, descubrir nuevas articulaciones, superar escotomas, así como reconocer fracturas, quiebras, vacíos y ausencias, o formas inesperadas o hasta allí desconocidas de presencia. En este vasto interrogar, nos preguntamos por su capacidad cognitiva y emocional de insight y elaboración de conflictos. Por su creatividad, como potencialidad de recorrer y gestar caminos alternativos, que implican innovación, apertura al cambio, trabajo de duelo por lo que se pierde y gestación de proyectos.

Sin embargo no será sólo el sujeto el interpelado. Como hemos dicho, focalizar esa relación implica también analizar desde esta perspectiva, lo que constituye su escenario de experiencia, mundo de significaciones, de relaciones y procesos en los que debe posicionarse el sujeto. Con esto aludimos al orden social, institucional, vincular en el que emerge y se despliegan las vicisitudes de su configuración y desarrollo.

Será entonces objeto de nuestro estudio el destino que las necesidades de los sujetos tienen en esas instancias, hasta qué punto ellas son reconocidas o desconocidas, valorizadas o descalificadas. Qué sostén o continencia ofrecen esos espacios interaccionales.

Por tanto, siempre en el marco de la elaboración de un criterio de salud mental y de la promoción de la misma, reflexionaremos acerca de la organización material y social de la experiencia personal y colectiva en un orden socio histórico concreto. Investigaremos si la interpretación de la experiencia y de sí mismo que es propia de los sujetos de ese orden social concreto se relaciona, o más aún, emerge de una cotidianidad, y a través de qué procesos opera en la configuración de lo subjetivo. Intentaremos profundizar en las significaciones, en el universo de sentido que condensa el sistema de representaciones que legitima esa cotidianidad como "orden válido", "natural", "humano".

Nos preguntaremos si ese orden social favorece el aprendizaje, el movimiento del sujeto sobre el mundo, la relación de recíproca transformación, o por el contrario la obtura, tendiendo a instalar el estereotipo o distintas modalidades de pasividad, gestando o ahondando fracturas entre sujeto y realidad. Son estos interrogantes los que otorgan a la Psicología Social su carácter de crítica de la cotidianidad como investigación sistemática acerca de los hombres en un momento histórico, en una sociedad particular. Este análisis los abarca en la complejidad de su praxis, su experiencia, su acontecer interno, en un mundo

de relaciones objetivas que constituyen sus condiciones concretas de existencia.

LA SITUACION ACTUAL.

Esta perspectiva define como campo de conocimiento una multiplicidad de hechos que alcanza tanto a aconteceres sociales, desarrollos tecnológicos, movimientos de crisis y cambio, como a procesos inter e intrasubjetivos.

Consideramos parte de estos aconteceres sociales los discursos que los interpretan expresando sistemas de representación social, y que tienden a incidir en la percepción de los mismos orientándola. Encarar hoy el análisis de esta diversidad nos enfrenta con hechos que marcan significativamente el fin del siglo XX y signan el inicio del tercer milenio, delineando algunas tendencias de desarrollo.

Estos hechos, pese a sus diferencias sustantivas, convergen en generar nuevas formas de cotidianeidad y organización de la experiencia, con un profundo impacto en la subjetividad. Nos detendremos en el análisis de algunos de ellos, quizás los más significativos.

Uno de estos hechos consiste en la actual reunificación del mercado mundial bajo el signo del sistema capitalista con la hegemonía de los EE UU. Esta reunificación es posibilitada en un proceso que se iniciara con la derrota de las revoluciones socialistas en Rusia en la década del '50 y que culmina con los cambios de orientación capitalista desarrollados en China a partir de la muerte de Mao Tse Tung. Tales hechos aceleran el colapso de la URSS y la desaparición del campo socialista. El conjunto de estos acontecimientos marca el fin de una etapa histórica y puede ser considerada la base real de la llamada globalización.

Otro acontecimiento, en este caso de naturaleza tecnológica, está dado por la emergencia y desarrollo de una revolución informática y mediática en la que se destaca la creación de una nueva dimensión: el ciberespacio. Esta innovación así como otros profundos cambios experimentados en la ciencia y la técnica, nos convocan a investigarlos ya que las actuales transformaciones tecnológicas se manifiestan, en su magnitud y aceleración, tanto en los procesos macro-sociales, como en los hechos aparentemente más banales de nuestra vida.

Se producen así significativos impactos en lo subjetivo al modificarse, por obra de lo mediático, los registros de tiempo y espacio. Estos son esenciales a la organización de la cotidianidad, la percepción de nosotros mismos y nuestro contexto. En síntesis, a la identidad y la noción de prójimo el que es, a la vez, semejante y otro. Esta transformación incide en forma contradictoria en procesos comunicacionales e identitarios.

La invención del ciberespacio produjo una modificación cualitativa en un proceso preexistente: la universalización de los ámbitos comunicativos. La citada revolución mediática introduce un cambio profundo en el plano de la vivencia de temporalidad: hace posible la simultaneidad entre el hecho y su potencial percepción compleja en cualquier parte del mundo. A la vez el ciberespacio permite un reprocesamiento personal de la información y la cibernavegación en las llamadas realidades virtuales, junto con la descomposición y recreación de imágenes, formas y figuras. Si bien la realidad virtual es simulación hace factible una modalidad hasta aquí desconocida de relación sujeto – realidad.

Hemos señalado que este fenómeno de simultaneidad, que algunos autores como Mac Luhan consideran una abolición del tiempo y espacio, opera en forma contradictoria en los procesos identitarios que definen al otro como prójimo. Esta contradicción está ligada a los procesos de

“construcción de la noticia”, la mostración del hecho, que pueden orientarse tanto a favorecer el enlace afectivo, el encuentro con el otro como semejante, como por el contrario, instalar una distancia emocional, en que el sujeto y el acontecimiento se tornan abstractos, deshumanizados.

En cuanto al ciberespacio quisiera señalar que es un rasgo potencial del mismo su potencialidad aún inconmensurable para entender nuestro universo de experiencia y conocimiento.

Sin embargo la expansión de los sentidos, el transitar el dominio digital y los mundos virtuales, el apropiarse de esta complejidad impensable, la efectivización de los cambios de estilo en la presentación y organización del conocimiento, permitido por las multimedias, se encuentran aún en planos de incipiente investigación y desarrollo.

Fenómenos como el isomorfismo entre el carácter multimodal de la vida y el aprendizaje y su expresión multimediática, la causalidad recíproca entre la metamorfosis de los modos de comunicación y la estructura de la percepción, así como la dinámica y forma en que redes, hipertextos y realidades virtuales pueden modificar, como modalidades comunicacionales, la subjetividad y las redes sociales, se hallan todavía en el terreno de la hipótesis y experimentación.

Consideramos parte de ese universo a indagar, los discursos que recorren el orden socio-histórico, formando parte del mismo inter-penetrándolo. Los discursos nombran, enuncian, explican. Tienden a configurar percepciones, interpretar experiencias, a construir una visión del mundo. (Weltanschauung). Aportan y expresan sistemas de representación social. Pueden ser desocultantes, expresión de conocimiento, o mistificadores. Por ello no resulta “irrelevante”, para un sujeto definido como cognoscente, la cuestión de la relación con la realidad, la posibilidad o imposibilidad del conocimiento

objetivo, la problemática de la verdad. El que las palabras, el lenguaje sólo remita a palabras y lenguajes o por el contrario denote, remita a un mundo objetivo.

Esta anticipación acerca del desarrollo tecnológico y sus efectos, que para algunos autores ya es teoría, si bien tiene bases experimentales, éstas no son masivas, sino por el contrario, altamente restringidas y sofisticadas.

Ni aún la difusión actual de Internet, con sus 66 millones de usuarios, cambia –a nivel de población mundial- el carácter selectivo de las experiencias en el ciberespacio, en un mundo en que aproximadamente la mitad de la población del planeta no ha utilizado jamás un aparato telefónico. De allí que los fenómenos que hoy permiten la existencia de esta nueva dimensión comunicacional, así como los que se perfilan para el futuro, exigen de una investigación. Y esto en particular en lo que hace a la problemática de la subjetividad y la vivencia de identidad. Esta indagación ha de ser sistemática, masiva y sostenida en el tiempo, a fin de discernir la ciencia de la ficción.

La existencia del ciberespacio es, como hemos indicado, un hecho de naturaleza esencialmente tecnológica, que se da – como todo proceso tecnológico- en relaciones sociales concretas. Estas son hoy las de la llamada “globalización”. Este proceso creciente de acumulación y concentración de poder y riqueza, (que instrumenta lo tecnológico) y que es factible en alguna de sus formas actuales (por ejemplo, operación en simultáneo de los mercados, lo que redimensiona el desarrollo y movilidad del capital financiero) por la existencia del ciberespacio, no tiene ni su origen ni su razón de ser en la tecnología, en la cualidad de las fuerzas productivas, sino en las relaciones de producción en las que aquellas se generan y despliegan.

Esta relación causal es la que distintos discursos acerca de los procesos económicos, la organización de la producción y “el fin del trabajo”, intentan mostrar en forma invertida,

abstracta y mistificadora. Estos discursos y los hechos que enuncian, impactan en la subjetividad al aportar una visión del mundo. Nos detendremos en el análisis de algunos de ellos, quizás los más significativos.

Es entonces importante definir con precisión los alcances de la instrumentación de la cibernética en una economía mundializada. Esta definición limita la tendencia a adjudicar a “ese ambiente intangible y a los juegos cibernéticos” que permite, una función dominante en el sostén de la sociedad.

Sobre la base objetiva del funcionamiento de los mercados y el actual desarrollo del capital financiero, no son pocos los que caen en el absurdo de atribuirle al movimiento especulativo, facilitado por el ciberespacio, aún en su actual incremento, el lugar central en la génesis de los procesos económicos.

Esta inversión causal, inseparable de un axioma o “paradigma tecnológico”, disocia trabajo de producción, negándole a aquel su carácter de productor de bienes, creador de tecnologías e instrumentos y generador de riqueza. En consecuencia, si el trabajo es un rasgo constitutivo de lo humano, es el sujeto el que queda despojado de su condición de productor, protagonista de procesos socio-históricos.

Tal disociación se enlaza con otro contenido de este supuesto axioma, tan caro a la globalización y que se expresa en esta afirmación: “la tercera revolución industrial, de naturaleza esencialmente informática es la causa principal e inevitable de la destrucción de empleos al producirse el desplazamiento del hombre por la máquina”. Este reemplazo, en sus formas actuales, anunciaría una mutación histórica: un mundo sin trabajo. Mutación que se enlazaría con otra: la del sujeto sin pensamiento abstracto atrapado por la imagen.

DISCURSOS SOCIALES Y SUBJETIVIDAD.

Nos hemos detenido en algunos de los rasgos de los discursos que engendra este nuevo orden a fin de reflexionar acerca de su función ideológica y sus efectos subjetivos, ya que las falacias y distorsiones que encierran inducen a nuevas formas del proceso de alienación.

Como producción simbólica que impregna la vida social, el discurso universalizante de la globalización nació con un anuncio triunfal: la culminación de la evolución humana en el terreno de las ideologías. Este fin de la historia encerraba un mensaje que la humanidad no tardó mucho tiempo en descifrar: las nuevas condiciones objetivas y las relaciones de poder que la sostienen -que han implicado cambios radicales en la vida de millones de seres humanos a nivel planetario- es un inevitable corolario histórico. Por tanto un orden y un acontecer irreversible.

En este concepto central se enlazan y potencian los enunciados del "paradigma tecnológico", "el fin del trabajo" y "el horror económico". Hilos de un entramado mistificador y alienante.

Como construcción ideológica el texto de la globalización es superficialmente cambiante y ambiguo. Identifica en un mismo proceso sociocultural una diversidad contradictoria y eventualmente antagónica.

En él "la racionalidad del mercado unificado" implica la abolición de diferencias y fronteras, ocultando en la figura de una supuesta homogeneización, la ausencia de reciprocidad e intercambio, la asimetría de poderes, las crecientes manifestaciones de resistencia al modelo intrusivo y hegemónico del Primer Mundo. Una forma de

esta resistencia se expresa en la intensificación de los antagonismos entre etnias, culturas, creencias religiosas y la emergencia de nuevas formas de fundamentalismo.

Convocando a la unificación de los pueblos, no sólo intenta arrasar con costumbres e identidades, sino que escamotea las desgarrantes desigualdades, la rígida estratificación que bajo múltiples formas de opresión, expulsión y amenaza de inexistencia, instala para sujetos y naciones, este autodefinido "único mundo posible". A la vez silencia la implacable y evidente lucha por el control de los mercados y la agudización de las contradicciones entre los centros de poder.

Coherente con su estrategia, el discurso de la globalización declara caducos los conceptos de nación y soberanía, y con ellos el derecho internacional que los sostiene.

El narcotráfico, el terrorismo y la corrupción, en los que están profundamente involucrados dichos centros de poder, dan fundamento a formas cada vez más manifiestas de intervencionismo y control supranacional, alegando un supuesto "deber de injerencia". El trabajo ideológico acerca de estas cuestiones, tan sensibles para los sujetos, apunta hoy a lograr consenso para la legitimación jurídica de estas formas de invasión y control. Estos son los rasgos del discurso de la globalización. Tomaremos ahora también otra vertiente.

En el plano de los discursos, las interpretaciones del mundo, del hombre y la vida social, el movimiento cultural denominado posmodernismo – aun en su heterogeneidad – converge en una ruptura con las concepciones prevalentes en las representaciones colectivas hasta la década del '70.

Sustentándose en algunas exégesis de descubrimientos de la física cuántica y sub-cuántica se instala en el relativismo y agnosticismo filosófico y científico, declarando la

imposibilidad del conocimiento de la realidad, inexistente el orden de lo "objetivo" e "irrelevante" la cuestión de la verdad en el conocimiento. El hombre es un ser atrapado en los límites de sus sensaciones y categorías conceptuales, encerrado en la red de lenguajes que sólo conducen a otros lenguajes. El sujeto y el mundo estallan en una multiplicidad sin unidad. Caos sin ley, desorden sin orden, azar sin necesidad se imponen en un pensamiento explícitamente anti-dialéctico.

Nacido en una sustentable crítica al dogmatismo vigente en organizaciones políticas, históricamente de avanzada, pero en las que habían sido ya derrotadas las ideas revolucionarias, el posmodernismo se instala en el escepticismo en el terreno político y social. Señala la caducidad de los "grandes relatos", el fin de las utopías, a la vez que cae en la paradoja de acuñar otra utopía. Nos referimos a la sociedad, en la que en una "era del vacío" no surgen proyectos movilizadores, sociedad posmoderna en la que, en un proceso creciente de "personificación" liberada de las formas autoritarias de socialización de las sociedades modernas, las instituciones se modelan sobre las motivaciones de los individuos. Sociedad abierta y plural que tiene en cuenta los deseos personales, aumenta la libertad de elección y multiplica las oportunidades y la oferta. Se exalta como valor supremo la realización personal y la autonomía, a la vez que el derecho a la singularidad y las diferencias, al gozo de la vida en un mundo de placer y de logros.

La utopía posmoderna aportó su texto a la sociedad de libre mercado, la que lo instrumenta en su estrategia de franjas homogéneas y minorías diferenciadas y sofisticadas de consumo. Lo incluye así en sus mitos más seductores y encubridores que configuran el discurso de la globalización.

No es difícil encontrar nexos entre el individualismo posmoderno y los ideales neoliberales, entre su escepticismo agnóstico y los fuertes contenidos

adaptacionistas que encierran los mensajes acerca de la irreversibilidad del nuevo orden mundial. En esta convergencia no pudo quizás reconocer o denunciar el fin de la historia “como un nuevo gran relato”

Pero en “el nuevo orden mundial” no todo es discurso y representación.

En el seno de la mayor expansión histórica del capitalismo, la creciente concentración monopólica, la competencia por los mercados, el vertiginoso desarrollo tecnológico –de alto costo y rápida obsolescencia- que conlleva un descenso de la tasa de ganancia, y el incremento del capital especulativo en relación a la inversión productiva, son factores de una gravísima crisis del sistema. Esta se da porque se ha agudizado la contradicción que le es esencial: la que se da entre producción social y apropiación privada.

Esta crisis se evidencia dramáticamente hoy con la caída de los “paraísos emergentes”, la labilidad de los “tigres asiáticos” y las amenazas que se ciernen sobre la economía de Japón y los riesgos implícitos en el actual desarrollo económico en EEUU. Paradójicamente en el momento de mayor potencial de riqueza se continúa en el riesgo de una recesión mundial. Es otro hecho, íntimamente vinculado con esta forma de mundialización de la economía, y el salto cualitativo en algunas áreas de la ciencia y la técnica.

La crisis objetiva y en aumento del capitalismo ha conducido a una nueva organización de la producción. Esta instrumenta el desarrollo tecnológico e intensifica la asimetría en las relaciones de poder. La nueva organización diseña una explotación máxima de la fuerza de trabajo a la vez que instala su expulsión creciente de los procesos productivos, fragilizándose día a día la inserción laboral, lo que es legitimado por leyes y convenios.

El sistema económico de la globalización asume como estructural una desocupación que involucra al 30% de la fuerza laboral en el mundo.

En la creciente concentración poblacional de las grandes ciudades se multiplican los bolsones de pobreza y marginalidad, a la vez que la miseria y la falta de perspectivas en el campo condenan al éxodo a la mayoría de los obreros rurales, en tanto los pequeños y medianos productores son devorados por la usura bancaria y los grandes monopolios, destruyéndose la familia campesina como unidad productiva a la vez que como grupo de pertenencia y espacio de contención para los sujetos.

En estos hechos encuentra su base material un proceso que emerge con gran intensidad en la vida social. Nos referimos a la contradicción inclusión/exclusión que instala "un horizonte de amenaza", una vivencia de estar a merced de los acontecimientos, en riesgo de inexistencia por desinserción social. Esto no ocurre solo con los desempleados. Precariza la vida social en su conjunto.

En una complejidad causal, que incluye otros factores, estas condiciones objetivas operan en la gestación de movimientos de dispersión social y procesos de fragilización y fragmentación subjetiva y vincular.

A la vez, la movilidad de las inversiones, favorece, cooperando con la reorganización de la producción y su flexibilización, la precariedad laboral. La "versatilidad y polivalencia" del trabajador, hoy tan exaltadas, no es sólo un requerimiento positivo de las nuevas formas productivas. Llevadas a un extremo expresan también rasgos de un sujeto apto a adaptarse acríticamente a la precarización e inserción social a través del trabajo. Esto es posible en tanto incorpore en la representación de sí y del mundo uno de los axiomas de la llamada globalización: un empleo estable es hoy un mito. Esta incorporación es uno

de los rasgos de un proceso patogénico: la sobreadaptación.

Como lo hemos señalado previamente, consideramos pertinente el análisis de algunos de los rasgos del "nuevo orden mundial", y en particular en lo que hace a su basamento económico y su expresión en el plano de las relaciones de poder, ya que al definir el campo y objeto de la Psicología Social como "compleja dialéctica entre relaciones sociales y subjetividad", nos posicionamos desde una concepción del sujeto y un consecuente criterio de salud.

Desde allí interrogamos e interpelamos al orden social en tanto posibilitante u obstaculizador de la existencia de un sujeto integrado, en sí y con otros, conciente de sus contradicciones, de las relaciones en las que está inmerso y de las que es actor. Un sujeto con capacidad crítica, de aprendizaje y creatividad. Un sujeto producido y emergente de condiciones concretas, que pueda asumirse en su identidad esencial de productor de su vida material y del universo simbólico, sujeto del conocimiento y protagonista de la Historia.

La relación entre procesos sociales y subjetividad no es mecánica, simple o unilateral. Su complejidad desborda todavía nuestros instrumentos de análisis, lo que nos lleva a trabajar con hipótesis e interrogantes.

En ese interrogar encontramos que hoy, si la ley del mercado opera como institución fundamental, reguladora de los intercambios entre los seres humanos, la competitividad excluyente se instala como máximo valor social. El individualismo más exaltado y la significación del otro como rival a excluir o destruir, se redimensionan como ideales hegemónicos.

Un movimiento de dispersión social, de alteración en los procesos identificatorios y fractura en los lazos solidarios, que constituyen el sostén del ser del sujeto, condición del psiquismo y de la historia, emergen en estos hechos y su legitimación ideológica.

Sin embargo, como lo sostiene W.Reich "Un orden social opresor, negador de la vida y de las necesidades más primarias solo puede sostenerse si se transforma en conducta espontánea".

Es decir, se instituye en la subjetividad y en algún aspecto la configura. Este orden de exclusión podría tener su anclaje psíquico en que el sujeto aterrado, aislado, ante el riesgo de devastación, de inexistencia, encuentre en la identificación con ese orden alguna apoyatura que le permita negar su angustia, y la vivencia de soledad e impotencia que se le hace intolerable. Esta sería la base del falso self que distintas instancias de la vida social tenderán a reforzar.

Cuando en un orden social se incrementan las condiciones objetivas para la carencia y se instala la amenaza de exclusión y el incentivo de la rivalidad, se deteriora la trama de relaciones. Si el sujeto es negado o devaluado en su función esencial de productor, tiende a darse un impacto en lo subjetivo que se expresa en la melancolización, la pérdida de la autoestima, la desconfianza, la cosificación de sí y del otro. Crece el aislamiento, el encierro en la propia piel, en los propios pensamientos, las vivencias de vacío interno, soledad y pánico. Al mismo tiempo se incrementa la violencia en las relaciones interpersonales y el rechazo de las diferencias. La crisis objetiva se ha transformado en crisis del sujeto.

Al potenciarse las vivencias de inseguridad e incertidumbre, de pérdida y ataque, el monto de ansiedad y confusión fragiliza el necesitado sentimiento de fortaleza yoica, de seguridad básica. Esto puede constituirse en un obstáculo

para la identificación madura, el encuentro con el otro en tanto diferente y semejante. Se vulnera así nuestra capacidad para la inquietud" (Winnicott), "nuestra preocupación por el otro", uno de los fundamentos de nuestra condición ética y basamento en la construcción de lazos solidarios, redes vinculares y grupales que, como hemos dicho, operan como sostén del ser y sustento de la identidad.

Hemos mencionado, hipótesis acerca de la institución de este nuevo orden en la subjetividad, la posibilidad de anclaje en el psiquismo.

El nuevo orden mundial, en tanto se define en las actuales relaciones de poder, como "único mundo posible", plantea un mensaje unívoco y contundente de acatamiento. El discurso suprime la posibilidad de otra alternativa. Es por tanto, esencialmente adaptacionista.

Este discurso tiene como escenario la contradicción inclusión/exclusión, lo que hemos llamado un "orden de escasez", un "horizonte de amenaza". En el terror de inexistencia que emerge de la posibilidad de una exclusión sin retorno, encontrará el terreno fértil el mandato, a veces imperativo, a veces seductor, de sumisión e identificación con los ideales del "nuevo orden".

Hemos hablado de fragilización subjetiva, de alienación en tanto pérdida y desconocimiento de sí e identificación del sujeto con ideales y mandatos de un poder que no solo le es ajeno, sino antagónico.

Las formas sociales de organización de la experiencia, y las significaciones sociales dominantes en este nuevo orden tienden a producir fragmentación social y subjetiva como formas de la existencia alienada. Estos procesos, profundamente vinculados entre sí, que se sostienen y remiten recíprocamente ofrecen un doble carácter: pueden

ser efecto de las condiciones concretas de existencia, ya que éstas plantean crecientes exigencias de respuesta adaptativa a la multiplicación y diversidad de estímulos, a la vertiginosidad de los cambios, a la súbita pérdida de referentes y pueden también operar como defensa ante el masivo ataque a la subjetividad, el potencial daño al yo, que la emergencia simultánea de esta constelación de hechos representa.

Un camino adaptativo es el que intenta una respuesta "adecuada", en el plano fáctico, de rendimiento laboral y social. Pero esa "adecuación" no se da desde una fortaleza yoica, que permite una relación crítica con el universo de experiencia, sino desde el sometimiento. Se trata de una conducta de sobreadaptación que implica la construcción de un falso *self*, una falsa identidad. Está íntimamente ligada al proceso de alienación y requiere una subjetividad fragmentada. El sujeto se escinde, se desconoce en sus propias necesidades, sentimientos, historia y relaciones, jerarquizando sólo aquella que lo somete, en tanto supone que le otorga significatividad y existencia. Asume así, como conducta espontánea, negando o reprimiendo sus conflictos, lo que es mandato y discurso de un otro, en una relación de sumisión.

Esto -que puede ser analizado en distintas practicas que hacen a nuestra vida cotidiana- se expresa por ejemplo en la institución del trabajo cuando desde el lugar del obrero, en la nueva organización productiva, no se asume solo la responsabilidad laboral, sino que ésta se extiende a la responsabilidad empresarial de satisfacción y retención del cliente y competitividad en el mercado. Convirtiéndose de hecho, cada trabajador en un agente de control de sus compañeros, e induciéndose a una falsa representación acerca del propio lugar en las relaciones productivas.

En el adaptacionismo, negación de contradicciones y sumisión, una parte significativa de las emociones y el pensamiento, así como de señales del cuerpo, es

suprimida, obturada y quizás perdida. Se deterioran los procesos de simbolización, ya que el sujeto no puede pensar ni pensarse. No puede tomarse autónomamente a sí mismo ni a la realidad como objeto de conocimiento. Este proceso es reforzado por un discurso del poder que ejerce en forma sistemática la "desmentida de la percepción".

El empobrecimiento psíquico, el deterioro de la simbolización y el temor a la destrucción interna que acechan al sujeto, lo empujan a la búsqueda de satisfacciones sustitutivas. Entre ellas se recortan las distintas conductas adictivas.

En esta modalidad de fragmentación, el sujeto pareciera quedar disperso en la superficie de las cosas, en una relación de exterioridad consigo mismo, banalizando sus relaciones. Este puede ser un rasgo de la llamada subjetividad light. Pero también puede ser la situación de los que quedan atrapados en una vivencia de futilidad y vacío, propias de una depresión silenciosamente instalada.

Esta ausencia de pensamiento, esa fragmentación se hace también manifiesta en los que no pueden transitar la respuesta supuestamente adecuada, adaptada, pero que encuentran, ante la imposibilidad de simbolizar y elaborar su angustia, su frustración y su ira, la descarga en la acción violenta, en una búsqueda incesante de calmar su pánico a través de la aniquilación de la fuente de ansiedad. Esta es buscada y desplazada en forma permanente. El otro, los otros son su enemigo. La violencia sin sentido, presente en nuestra cotidianidad, tiene su origen en ese proceso.

Otro camino, también ligado a la fragmentación y a la dificultad de elaboración simbólica es el de la melancolización. En ella el sujeto rompe sus lazos sociales, se aísla, condensa en sí todo el caudal de impotencia y pérdida - por las que se responsabiliza- y esto puede llevarlo a distintas formas de autodestrucción. Emergen

patologías que van desde la bulimia y la anorexia hasta el suicidio.

Definimos esta situación como punto de urgencia en el campo de la salud.

El daño psicológico que significa para la mayoría de los habitantes de la tierra la desocupación masiva y la precarización laboral, que han instalado un "horizonte de amenaza" como una inseguridad crónica, ha sido comparado con el que produce una guerra mundial.

La OMS en 1997 caracteriza a los efectos de este modelo como catástrofe epidemiológica. La depresión se ha convertido, junto a distintas formas del síndrome de pánico, en patologías dominantes. La falta de perspectiva y de proyecto se ubican en la génesis de las distintas formas de la enfermedad mental.

Sin embargo, no todo es acatamiento, no todo es resignación alienada.

Ha despuntado y se desarrolla en la práctica y en las representaciones, una crítica profunda de este modelo de injusticia y opresión.

Si bien la fragmentación subjetiva y la atomización social continúan vigentes como fenómeno hegemónico, y la sobreadaptación persiste junto al pánico, dando lugar a intensas formas de sufrimiento, se delinean respuestas alternativas.

Desplegada la crisis y alcanzados sus puntos álgidos, surgen nuevos comportamientos. Estos se expresan tanto en los movimientos de decenas de miles de obreros y estudiantes en Europa, en las movilizaciones masivas en Asia, como en las nuevas formas de lucha social que se muestran en México, Brasil, Paraguay y Argentina, o en la

resistencia de los países del Tercer Mundo como Cuba, Irak y otros, al cerco y agresión imperialista.

Esas luchas y formas innovadoras como las de Chiapas, los fogoneros y piqueteros de Argentina, el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil y Paraguay, ponen de manifiesto aprendizajes sociales y personales. En ellas el silencio ha cedido lugar a la palabra, palabra que exige ser escuchada. La parálisis va dejando lugar a la acción organizada. El sentimiento de vergüenza y marginalidad, la culpa frente a la desocupación es ahora indignación, conciencia de oprobio. Se advierte un tránsito de la auto-percepción de desocupado victimizado e impotente, a una nueva auto-percepción: la de ser sujeto grupal de poder.

Muchos de los de hasta ayer -desvastados en su subjetividad por este modelo- se identifican con la condición de victimizados, pero no ya en términos de excluidos sino de robados, despojados. No aceptan el discurso ni el poder del victimario, redefinen su autovaloración. No se identifican con el agresor a la vez que crecen en la tarea de identificarlo, en el sentido de desocultar sus métodos e identidad.

Es lo compartido, lo articulado, los nuevos procesos identificatorios, los que sostienen esta posibilidad de acción y movilización, de análisis precisos y pertinencia en el hacer.

Este es un proceso complejo, que implicará tiempo y varias instancias de práctica. Sin embargo, como respuesta a la globalización, al "fin de la historia", a la extinción del trabajo, millones de seres humanos están intentando recuperar o reapropiarse de un rasgo esencial de identidad, el de ser protagonistas de la identidad: el de ser protagonistas de la historia. Esto se expresa hoy en distintas prácticas y en la recreación del discurso. Discurso fundado en la irrenunciable conciencia de la dignidad.

Ana P. de Quiroga.

Buenos Aires, agosto de 1998.